

de estupor por todo el salón; la maestra limpiándose una lágrima agita la campanilla, y una chicuela impasible, con el espíritu de imitación propio de su edad, delecta gongosamente con voz chillona:

—La B y la e, be; la d y la a, da: Beda.

La Noche Buena de Bebé

....“Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
Del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
O la de aquel que un bien halló en la muerte....?”

(Campoamor.—“Doloras XXIX.”)

La Noche Buena de Bebé

Ya llega Santa Claus.

Las nerviosas lenguas de los bronces agítanse en lo alto de los campanarios azotados por las ráfagas que silban melancólicamente, recordando las tranquilas noches sula-
mitas, cuando el hebreo festejaba con dulces salmos y fér-
vidos hosannas, que resonaban jubilosamente en las leja-
nas montañas de Sichein, de Goboé, de Sulem y de Jafed,
el glorioso nacimiento del niño Jesús, del sublime poeta
vagabundo.

Los tristes cantares de estas rachas invernales nos re-
cuerdan, mi inocente Lili, los de aquellas hermosas des-
cripciones que juntos hemos leído, los de aquellos paisajes
de la Tierra Prometida, los leves murmullos de los corpu-
lentos sicomoros que adornan el valle de Nazareth, las pla-
fíderas baladas de las mórbidas vírgenes sirias, el perenne
ritmo de las mansas ondas del Jordán, los estremecimien-
tos de las perfumadas ninfeas al abrir sus invioladas coro-
las de seda, el ténue susurro de los cenicientos olivos, de
los frescos trigales y exhúberos viñedos, y los ecos extra-
ños del legendario Tabor. Parece que ellos nos traen á la
memoria, de Betlem, la cantada Ephrata, las inspiradas
rimas del instrumento favorito que el buen rey David pul-

sara loando al futuro monarca de Israel desde las blancas terrazas de su palacio cercado de fragantes huertos.

En esta privilegiada región, la Naturaleza apenas si cambia su niveo traje de azahares, por el de olorosas violetas púdicas. Los rosales se entristecen un poco, es cierto; amarillean como viejo *peluche* color de oro las hojas secas de los álamos; cuelgan los lírios sus mustios pétalos, como poetas abatidos por la Miseria; y el Invierno pasa malhumorado, becado por los elfos de los prados y por las vocingleras avecillas que no emigran, que prosiguen trinando alegremente como en aquella Primavera, cuando tú y yo nos revelamos nuestros amores bajo el fresco follaje de los saúces en flor, de los lauredales cuajados de púrpureos ramilletes, y de los lilaes blancos y odoríferos. Pero eso es todo. Nos mofamos del inofensivo viejo al verlo pasar forrado con su ridículo casacón de gruesas pieles de nutria. Y las nerviosas lenguas de los bronceos siguen charlando inusitadamente en lo alto de los vetustos campanarios, llamando á los fieles para la acostumbrada visita á los resplandecientes altares desde donde el niño Dios, recostado en la humilde cuna de heno y paja, parece contemplar con sus esmaltados ojitos de querube, el parpadeo de los enflorados cirios que, en gigantesca pirámide ascienden hasta la azulada cuenca del alto domo, y hacen chispear el brillo de sus pupilas rojas, los frisos de oro de las brufidas ábsides.

Ya llega Santa Claus.

Aterido, tembloroso, arrastrando penosamente su gran árbol legendario, desparrama sus regalos en los hogares de los niños que han sido buenos y obedientes. Trae en sus enormes faltriqueras de piel de foca, millares de baratijas, de chucherías, de *bibelots* y de bombones, para arrojarlos por los ahumados respiraderos de las chimeneas que lanzan entre sus espesas volutas de humo, alientos de san-

alegría. Pero aquí se le recibe mal y el pobre huye, huye siempre de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de choza en choza, depositando sus magníficos *Christmas* en los zapatitos y en las ansiosas manitas infantiles. Huye, y por todo recuerdo nos deja una poca de tristeza en el alma, algunas nublazones que su numerosa corte de cierzos pronto disipan, y el postrer suspiro de algún sér querido que se va para siempre..... ¿Para siempre? Huye, y se olvida de muchos niños pobres, como la casquivana olvida sus juramentos de amor.... Y á veces como ésta es cruel. Por ende, mi fiel Lili, Bebé está pálido y pensativo. Bebé está triste, muy triste.... ¡Pobrecito Bebé!

Acurrucado en el mullido lecho, con su rubia cabecita reclinada en el suave almohadón, y con el índice blanco y pequeño introducido en su boca de grana, contempla melancólicamente la cadavérica faz de su mamá que está enferma, muy enferma.....

Con sus ojazos negros velados por grandes pestañas rizadas, mira fijamente aquel rostro atormentado por la fiebre, aquellos labios cárdenos y secos, labios queridos que ya no lo besan con ternura, ni le narran leyendas de hadas y aparecidos, ni lo arrullañ más con sus tiernas y candidas canciones.

La alcoba está en silencio, iluminada apenas por la débil luz de la lamparilla que arde tras el velador. Solamente se oye la respiración fatigosa de la enferma y el mugido del viento invernal que azota los cristales húmedos y opacos de las ventanas. El frío, insólito este año, congela el agua que los barrenderos arrojan en las avenidas y prende caprichosas estalactitas en las hojas de los tiestos y en las ramas de los árboles. Uno que otro transeunte nocturno pasa de carrera, tosiendo ruidosamente y tiritando á pesar de su grueso abrigo. Y es que hoy hace mucho, mucho frío!

Allá de lo lejos llegan ecos de músicas, de villancicos y de risotadas: la ciudad está de fiesta. En los calientes hogares celébrase la llegada de la Noche Buena. En casi todos ellos palpita la alegría; sólo en los de muchos pobres y en éste, se cierne la fatídica sombra de la muerte.

¿Cuánto hermoso juguete habrá colgado la Alegría en el tradicon al abeto pringado de lucecillas multicolores, adornado con festones de heno, cadenas de papel dorado, brillantes caprichos de cristal esmaltado, bonitos cucuruchos de bombones, nueces plateadas, espuma de brea que simula escarcha, naranjas erizadas de banderitas, muñecos con hermosos trajes, globos llenos de hidrógeno, soldados de plomo, cornetas que parecen de oro, caballos de madera, cajas con diminutos menajes de cocina, arlequines gibosos, flautas y brillantes tambores! Los rapaces chicuelos en el paroxismo de la felicidad, saltarán ansiosos en redor de los canastos atestados de regalos y en torno del nacimiento iluminado a giorno donde descansan bajo los rústicos portales nevados con harina, la rubicunda imagen del niño Jesús, la Virgen de pintada terracota, el patriarca José con su sedefia capa de vino cromo, los humildes pastores, el jumento y el buey de barro en el pesebre de cartón desbordante de paja fresca. ¿Y la emperifollada piñata? ¿Y la alegre orquesta? ¿Y la sabrosa cena del clásico pavof? ¿Y los riquísimos dulces?...

En todo ésto piensa Bebé; pero ¡ay! su pobre mamá está muy enferma, y él, inconsolable, consciente, riega con sus lágrimas las calenturientas y demacradas manos de la agonizante..... ¡Pobrecito Bebé: acaso muy pronto quedará huérfano!

Su padre murió el año pasado; todavía el niño lleva entutado traje de terciopelo negro. Y ahora los ángeles quieren arrebatarle á su buena madre para dejarlo sólo á los cinco años de edad en este mundo malvado y sombrío....

¡Qué malos deben ser los ángeles! No se parecen á la mamá de Bebé que es tan buena. Pero no, no se la llevarán: él es hombre, es fuerte, él la defenderá!

Y Bebé aprieta nerviosamente sus puños y la abraza contra su inocente pecho, sollozando amargamente, balbuciendo con angustia:

—No quiero que me dejes, mamacita, no quier! ¿Lo oyes?... ¡Anda! levántate, no seas tonta; sé valiente como yo y te llevaré á ver al niñito Dios..... ¿Quieres tu cucharadita? ¡la quieres?..... Sí, sí, ya verás cómo te alivias..... ya verás!

Bebé coge el frasco de la medicina, pero como es tan pequeño aún, en su atolondramiento deja caer la botella que se rompe contra el pavimento. Al ruido que ésta produce, la moribunda entreabre nesadamente sus párpados, trata de poner en orden sus confusas ideae, hace un violento esfuerzo y jadeante estrecha á su idolatrado hijo besándolo apasionadamente; procura sonreírle..... y gruesas lágrimas ruedan sobre la casta frente del niño.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! —clama ella con voz débil y desolada. Apíadate de él, va á quedar sólo..... solito para siempre!

Allá fuera sigue silbando lúgubrememente el cierzo. Hace mucho, mucho frío. Ella siente que sus extremidades se hielan, que su corazón ya palpita débilmente, y luego, aquel terrible dolor en los pulmones y aquella implacable tos que le desgarran los bronquios, no la dejan respirar con libertad. Ha pasado la última crisis? No. No la resistirá ya. Comprende que su último momento llega, que la vida huye, y no tiene ni una poca de fuerza para oprimir siquiera á su adorado hijo. Intenta hablarle, consolarle, bendecirle por la última vez..... y ya no puede, ya es imposible!

El la mira espantado. ¡Qué pálida se ha puesto! ¡qué fría! ¡qué rígida!

La criada se inclina sobre el cuerpo exangüe, aplica su oído al seno izquierdo..... y sollozando va á caer al pié del Crucifijo.

—No quiero que me dejes, mamacita de mi alma, no quiero!—repite la afligida criatura besando sus labios yertos, blancos como las mantas. No me dejes solito..... ¡Anda! ríete, cuéntame otra vez la historia de *Barba Azul*. Me oyes?..... ¿me oyes mamacita linda?

Mas ella no contesta: se la han llevados los ángeles.

La fiel sirviente sigue orando á media voz. El reloj suena las once y cuarto con monotonía, lentamente, fastidiado; y de lo lejos llegan ecos de músicas, de villancicos, de risotadas.....

Por ésto, mi amada Lili, Bebé está pálido y pensativo. Bebé está triste, muy triste..... ¡Pobrecito Bebé! Ya no tiene madre.....

TRISTE CUADRO

“Qué se propone Dios al crear el sufrimiento humano?....
